

# El Portugal oculto.

## Viaje al corazón de Trás-os-Montes

Fernando Sánchez Alonso

**E**l viajero no busca respuestas. Al revés. Se alegra de que quede algo de misterio en el mundo. Y para rebañarlo hasta donde le sea posible, pretende que el viaje sea largo. De modo que se prohíbe las autopistas y decide entrar en el país vecino por el camino menos transitado, seducido por dos topónimos, Riomanzanas y Guadramil, aquel con resonancias de la mitología homérica y este con recuerdos árabes en su nombre de agua. El primero es español; el segundo, portugués.

El viajero atraviesa Riomanzanas –el último pueblo de la provincia de Zamora antes de pisar territorio luso– sin ver un alma. Detrás de las montañas, lejanas de niebla, se insinúa ya el amanecer. Unos pocos metros antes de cruzar la frontera, un charco sostiene en su reflejo gris el nombre de *Portugal* que custodia un cartel. Casi inmediatamente después de traspasarlo, la carretera se retuerce y adelgaza; finalmente, se encrespa.

El viajero acaba de entrar en Trás-os-Montes. Y si alguien se lo requiere, precisará que se encuentra en el parque natural de Montesinho, la prolongación portuguesa de la sierra zamorana de la Culebra, guarida de águilas y de lobos. Solo que en el país hermano las montañas parece que crecen y espigan más. Y que le perdonen sus compatriotas si no las midió y aun así se atreve a emitir juicios.

Guadramil, en el municipio de Braganza, fue tierra de contrabandistas y hoy sigue siendo aldea de mucho interés arquitectónico. Sin duda tuvo más en épocas pretéritas, antes de

que la incuria y el tiempo abatiesen algunas techumbres de sus casas y las redujesen a hotel de gatos y lagartijas.

El viajero se ha dado una vuelta por sus calles adoquinadas, ha admirado la construcción de la vivienda tradicional transmontana (dos plantas bajo el tejado de pizarra; la inferior, para el ganado; la superior, para los humanos; ambas, de buena piedra) y la última impresión repite la primera: visitar Guadramil debería ser una obligación moral.

Así se lo dice a Alipio dos Anjos Pais, la única persona con quien se encuentra en el pueblo. Al cabo de unos minutos de conversación, el anciano confiesa que anduvo al contrabando. «Pero aquello no era vida y mi mujer y yo decidimos marchar a España. Estuvimos en Madrid, donde nació mi hija, y luego en Bilbao. Ahora hemos vuelto. Estaremos aquí hasta que Dios quiera».

El viajero se despide de Alipio y de la aldea premiándolos con un agradecimiento y dirige el morro del coche rumbo a un peculiar pueblo, mitad portugués, mitad español. En la parte suya lo conocen como Rio de Onor; a este lado de la frontera prefieren llamarlo Ri-honor de Castilla.

Trás-os-Montes, que se acurruca en el extremo más nororiental del mapa portugués, tradicionalmente ha sido considerada una de las regiones más atrasadas de Europa. Y aunque esta fama no se sustenta ya, de Trás-os-Montes persiste en el ADN cultural luso la idea de que en estas tierras todo se ha preservado intacto.

to. De hecho, los propios habitantes del litoral ven en ellas la expresión arquetípica del carácter portugués, cifrado en la hospitalidad, en el apego a las tradiciones, en la cordialidad. Así también lo creyó Miguel Torga, el mejor escritor que ha dado esta tierra. Uno piensa –no se le tenga en cuenta la osadía– que Trás-os-Montes constituye un país en sí mismo dentro de Portugal.

No un país, pero sí un microcosmos autónomo fue, hasta no hace muchas lunas, el pueblo de Rio de Onor, le informarán al viajero apenas detenga el coche en la aldea. «Porque aquí las faenas agrícolas se hacían comunitariamente. Unos y otros nos ayudábamos. *Mas agora já tudo acabou*». Pero para oír esta confidencia o este lamento, según se mire, falta todavía un poco. Ahora, al comenzar a descender una colina, Rio de Onor apenas es un pequeño caserío agazapado en el valle, relucientes los tejados de pizarra oscura bajo la luz del sol, que ha asomado breve y tímido entre la niebla. Un río, el llamado Onor u Honor, depende de si se lo nombra desde Portugal o España, divide la localidad, cuyos moradores se comunican entre sí en un revoltijo de castellano y portugués. Tanto aquellos como estos poseen tierras de labor en uno y otro país indistintamente. Y no son pocos los matrimonios entre miembros de ambas nacionalidades.

El viajero no quiere entretenerse más. Varios cientos de curvas después, aparca el coche en una umbría calle de Braganza, la capital de Trás-os-Montes.

Braganza es una Venecia de secano. Una ciudad que comparte con la del Adriático el mismo empeño en perpetuar en el presente el antiguo esplendor de sus casas solariegas setecentistas, de sus rejas de forja, de sus tejados traviosos de pájaros y húmedos de niebla. Una ciudad, en fin, con un venenoso atractivo en la que sus callejas estrictas y medievales son los canales sin agua venecianos. Pero Braganza es también una ciudad de una belleza

adusta, una trampa para viajeros apresurados, que tal vez solo verán en ella el rostro duro de la torre del homenaje del castillo –dentro del cual hay un museo militar–, la *domus municipalis*, la iglesia de san Vicente, la picota o *pelourinho*, las murallas desdentadas, dos o tres calles de la *vila*, y todo eso lo encajarán en una onomatopeya jubilar y se marcharán sin intuir tal vez que Braganza es una ciudad que exige una lluvia maternal y dulce para nombrarla, aun bajo el sol estruendoso del verano. Quizá porque sus calles conducen a calles de otras ciudades, y esa magia solo la proporcionan la lluvia y la niebla. Por ejemplo, en Braganza hay calles decimonónicas de Londres que solo existen en este rincón de Portugal y en las páginas de Dickens. Hay tiendas y comercios que solo pueden encontrarse en Egipto. Hay un restaurante que se parece al *Rick's cafe* de Casablanca.

Braganza está simultáneamente aquí y en otro lugar. Lo que no muda ni cambia, sin embargo, son sus dos museos, que merecen sendas visitas. Uno, el Abade de Baçal –detrás de la iglesia de san Vicente, donde, según la tradición, se casaron en secreto don Pedro I y su amante doña Inés de Castro, lo que hizo correr calderos de tinta en numerosas obras literarias tanto portuguesas como españolas– exhibe una pintura que al viajero le llamó la atención, porque habría de encontrársela en vivo, días después, en los farallones que rodean la ciudad de Miranda do Douro. *Penedo amarelo*, de Joaquim Lopes, es el título de la obra (*Peña amarilla* en español). El otro museo es el Graça Morais. El viajero tuvo suerte y pudo estrechar la mano, cálida y niña, de la pintora, una de las artistas más cotizadas de Portugal.

¿Está vista Braganza? Desde luego que no. Uno no puede marcharse sin contemplar la «curva de ballesta» que el río Sabor –helado en invierno– traza a su paso por Gimonde, ni puede dejar de ver la aldea de Montesinho,

en el parque natural del mismo nombre, una localidad distinta de Guadramil y de Rio de Onor, pero igualmente interesante, sobre todo por el recorrido hasta allí. Braganza, sintió el viajero al abandonarla, es un sueño en el que quedarse a vivir para siempre (excepto los fines de semana, ruidosos de españoles). Una ciudad educadamente melancólica. Una calle de dirección única que conduce a algo parecido a la felicidad.

Braganza se aleja en el espejo retrovisor del coche. El siguiente destino es Miranda do Douro, la capital del Portugal más arcaico y profundo, una comarca con costumbres y lengua propias, quizá la más desconocida para los propios portugueses.

Llueve cuando el viajero llega a Miranda. Fiel a su hábito, ha prescindido del camino más recto y ha elegido una carretera que ha ido atravesando montes, cruzando puentes, esquivando hazas y orillando aldeas. De modo que lo que ha perdido en tiempo lo ha ganado en riqueza visual. Por eso puede decir, sin temor a equivocarse demasiado, que paisajísticamente, y salvando los escarpes del Duero, idóneos para un cuadro de Joaquim Lopes, la nidificación de buitres y el ejercicio del asombro y la humildad, el altiplano mirandés es de una belleza árida y esquiva, disponible solo para el que quiera inventársela lentamente. Por allí cunde el encinar, entre el que se extienden prados y labrantíos, y no es difícil ver, en las aldeas, vacas y burros de la autóctona raza mirandesa. Pero en conjunto todo transmite una gran congoja. Y no es para menos. El concejo de Miranda solo cuenta con tres habitantes por km<sup>2</sup>. Eso sí, sus escasos lugareños son de una hospitalidad infinita. La señora María, de Paradela, por ejemplo, dejó de hilar con el uso («Tejo jerséis a mis nietos, ¿sabe?») y le sacó de almorzar al forastero. «Es que ya va siendo hora y por aquí no hay restaurantes», se justificó.

Precisamente debido a su secular aislamiento, la tierra de Miranda ha sabido preservar intactas su cultura y su lengua, el mirandés, que sus hablantes protegieron de las burlas de sus compatriotas. Y no fue fácil, porque cualquier señorito del litoral les afeaba su pronunciación cazurra y su vocabulario, que no era enteramente portugués. Y, en efecto, decían bien.

Porque el mirandés –desde 1999 lengua cooficial del país vecino– es, en opinión de los lingüistas, el viejo dialecto astur-leonés pasado por el portugués. Una lengua eufónica que solo hablan unas 15.000 personas en el mundo. Y a pesar de que se enseña en las escuelas, de que se han traducido libros y de que los *Pica Tumilho*, un interesante grupo de rock agrícola, cantan y graban sus discos en mirandés, esta es una lengua condenada probablemente a desaparecer bajo el peso de la cultura urbanita dominante y el universo de la globalización. Una lengua en que están escritos todos los carteles de los monumentos en la ciudad de Miranda do Douro, que es un cruce entre las Alpujarras y un decorado de película medieval. Porque sus casas –encaladas o pintadas de blanco– exigen el recuerdo minucioso del sur de Andalucía para describirlas. Su casco histórico, hermoso y recoleto, aprovecha la proliferación de turistas para abrir restaurantes y tiendas de ropa por doquier.

El viajero rehúye el bullicio y dirige sus pasos hacia la catedral. No tardará en comprender que, para él, lo más interesante no está en el gran retablo barroco, sino en un rincón lateral, donde se yergue la estatuilla del *Menino Jesus da Cartolinha*.

Según la leyenda, fue aquel niño de apenas medio metro, que dispone de focos propios y una vasta guardarropía bien planchada, almidonada y renovada a diario por sus devotas, el que arengó a las desfallecidas tropas portuguesas contra las españolas y salvó así

Miranda del asedio castellano. Luego desapareció. Hoy sostiene la bola del mundo en su manita de gorrión, mientras imparte bendiciones, coloradote y triste, con la otra, rígido para siempre dentro de su traje de principito de Saint-Exupéry.

A un salto de rana de la catedral está la *Casa das Quatro Esquinas* o de los *cachorros zambargonhados*, como dicen en mirandés. Un edificio de los siglos XIV y XVI, en la Rua da Costanilha, que muestra en su fachada canecillos pornográficos, como esas posaderas que se aplastan contra la cara de alguien, y que algunos sospechan obra de un cantero local enemistado con sus vecinos. Otros, en cambio, alegan que es gesto obsceno en dirección a España.

El viajero sigue curioseando la ciudad hasta la hora de subir al barco. Porque ha acordado un recorrido fluvial por los arribes del Duero. Una experiencia, lo comprobará poco después, grata y memorable, sobre todo cuando afirme los pies en la proa y le golpeen el viento y la lluvia en la cara mientras la embarcación atraviesa con ímpetu las aguas patriarcales del río.

Luego todo pasará y, de regreso a su casa de Madrid, el viajero querrá devolver, siquiera en estas líneas, algo de lo mucho que, sin pedirlo, recibió de Trás-os-Montes, tranquilizado por la certidumbre, como dijo Joseph Brodsky, de que «nosotros partimos, pero la belleza queda».

---

© Fernando Sánchez Alonso

Reportaje (fotos y texto) publicado en la revista *Clarín*, nº 120.

[www.fernandosanchezalonso.com](http://www.fernandosanchezalonso.com)